



FRAY GASPAR DE VILLARROEL

OBISPO DE SANTIAGO

1587 - 1665

La historia de la literatura ecuatoriana puede comenzar con el nombre de uno de los escritores más importantes, más singulares y más amenos de cuantos produjo la América colonial. Tal es Fray Gaspar de Villarroel, nacido en Quito hacia 1587.

Lástima, y grande, es que, fraile tan amable, que con sonrisa tan advertida, y tan simpática cordura, nos ha contado, en dispersos lugares, algunos pasos de su vida y experiencia, no haya escrito él mismo, por entero, su biografía y propio comentario.

Porque es, ante todo, un *conteur* de gran raza. Nunca perdió, a pesar de su ascensión continua en dignidad y saber, esa especie de encantadora simplicidad y maliciosa inocencia que tan rápida frescura da a sus relatos. Y hombre feliz como fué, y de mucho mundo y de muy varias letras, no sólo

hubiera tenido interesantes cosas que narrarnos, sino que nos las habría dado embebidas todas en su añeja gracia nativa.

Y su biografía,—entiendo el trasunto de su vida íntima, y no la externa cronología,—importaríanos ahora sobremanera para la interpretación más cabal de su obra. Felizmente, es ésta de las más personales, no sólo en el sentido de la originalidad incomunicable, del arte no aprendido de la expresión, sino también en el de la espontaneidad del hombre, de la sinceridad de primer brote que va dejando, inconscientemente, reflejos y toques del alma en la palabra escrita. Innumerables son, y son las más vivientes, las páginas que nos han conservado su acento familiar, el de su conservación: todavía se le oye. Y tanto que, cuando está en vena de anécdotas, uno quisiera desviarle cariñosamente, llevarle a confidencias íntimas; no ya para elucidar aparentes complicaciones de espíritu o secretas penumbras sentimentales, sino simplemente para regalo y acrecentamiento de la simpatía.

Cuando fray Bernardo de Torres, segundo cronista de la Orden de Hermitaños de San Agustín en la provincia del Perú, le pidió algunos datos biográficos, (para continuar la *Crónica Moralizada* que dejó inconclusa el profuso y heteróclito fray Antonio de la Calancha), fray Gaspar, en la flor de su donosa ancianidad, le respondió:—«Su carta de su Paternidad fué para mí de mucho gusto por lo que de corazón lo amo, que cuando ha hecho raíces el amor no deja de fructificar aunque falten los riegos del escribir... Pídemme vuestra Paternidad noticias de mi persona para honrarme con lo que escribiere. Ahora veinte años, enviara yo a su Paternidad un cohecho para que me pintara en su historia con muy delgadas líneas aunque faltase a la verdad del escribir, pero en tan crecida edad, bastantemente persuadido a que no puedo vivir mucho, le diré a su Paternidad lo que sé de mí».

Muy poco le dice, casi nada. Tan «desengañado de las vanidades del mundo» se hallaba por entonces, que, como lo

cuenta el mismo en su respuesta al analista vallisoletano, la carta de éste le llegó precisamente un día en que estaba haciendo borrar sus armas, esculpidas sin permiso suyo en lo más alto de una de las bóvedas de la catedral que terminaba de edificar, la de Arequipa, de donde era Obispo.

De entre las muchas prebendas y oficios que honraron sus días, así como de sus pruebas en el saber i el gobierno, apenas si hace mención de lo más saliente, como de vagas etapas en su carrera. Y con sonrisa ya desencantada, aunque siempre cordial e inocente, despoja hasta a las pocas cosas que rememora, de la importancia que les dió su juvenil ambición, ambición que no fué, sin duda, sino ardor de sus mocedades para conocer y abarcar.

«Aunque estudié mucho, dice, supe menos de lo que de mí juzgaron otros... Portéme vano... Llevóme a España la ambición... Tuve oficios en que me puso no la santidad sino la solicitud...» etc. Y termina excusándose:

«Si yo, mi padre Maestro, hubiera merecido a Dios en tan prolongada edad que me diera mucha virtud, dejara muy buena memoria de mí; pero no habiendo de ser buena, no haya memoria. Vuestra Paternidad, pues me quiere bien, tenga memoria de mí en el coro y en el altar, y crea que no es desestimación de la merced que me quiere hacer, esta dimidiada confesión, que no porque no se escandalice no va cabal, sino porque no me hallo digno de que ingiera mi nombre entre tantos santos como habrá en esos libros.»

Era a la sazón Obispo de Arequipa. Antes de llegar conjuntamente a tan elevada dignidad sacerdotal y a tan desprendido renunciamiento, había felizmente corrido su poco de mundo y deshojado no pocos goces compatibles con su estado y con su virtud muy sincera. De no haber salido de Quito (1), donde nació, según él mismo, («en casa pobre, sin

(1) Alguna divergencia hay entre cronistas antiguos acerca del lugar del nacimiento de Villarroel. Pero, además de que él mismo declara haber nacido en Quito, esa misma es la opinión de Antonio de Alcedo, en el dic-

tener mi madre un pañal en que envolverme»), acaso habria muerto oscuro, sin revelarse quizá ni a sí propio, ni haber ejercitado ciertos dones suyos, los mejores, que sus altos puestos y deberes hubieron de poner en juego, contrariando la modestia y acaso la índole abnegada y meditativa del estudioso fraile.

Pero sus padres, el licenciado guatemalteco don Gaspar de Villarroel y su madre doña Ana Ordóñez de Cárdenas, le llevaron muy temprano a Lima; y después, *llévole a España la ambición*.

«Dicen que era (cuando niño), muy bonito, y a título de tal me criaron con poco castigo». Así vivió hasta viejo, sin más castigo que los que él se daba en sus excesos de caridad y de zelo.

Hizo sus estudios de humanidades en el Colegio Seminario de Quito. Debió, pues, a su ciudad el despertar de la inteligencia al culto que jamas abandonará.

«Adolescente de figura seductora», continuó en Lima con tesón y singular lucimiento, los estudios que empezó prome-

cionario bibliográfico que permanece aun inédito. De él copio íntegra la noticia que trae acerca del fraile quiteño y es como sigue: «Fray Gaspar de Villarroel nació en la ciudad de Quito, del Reino de Quito, y después de haver estudiado en ésta humanidades pasó a la de Lima, donde fué colegial del colegio de San Martín y tomó el ábito de S. Agustín en el convento del Callao, allí siguió los estudios mayores con tanto aprovechamiento que fué Lector de Artes, Prior en varios conventos y obtuvo todos los honores de su Religión; pasó a España y el crédito que tenía en virtud y literatura lo hicieron Predicador del Rey, que desempeñó con el mayor aplauso y en premio de su mérito le presentó S. M. para el Obispado de Santiago de Chile de donde pasó promovido al de Arequipa el año de 1651. Governó esta Iglesia con gran Prudencia y Juicio y acrecentó su fama con sus obras; fué promovido luego al Arzobispado de Charcas y murió allí el año de 1665, de edad de 73, con inmortal memoria por su gran doctrina, discreción i piedad».

(De entre las obras sólo cita el *Gobierno Eclesiástico Pacífico*, un *Memorial* al Virrey don Fco. de Toledo, y una *Carta* al Rey en 29 de Noviembre de 1640 «pidiendo sugetos para la conversión de los indios de Chile en Ovalles».

tedoramente en la ciudad natal. Pero, a pesar de ser desde entonces «la admiración de muchos y el agrado de todos», se metió fraile. «Entréme fraile, y nunca entró en mí la frailía», confiesa ingenuamente, quizá con humildad de santo, quizá con sonrisa de hombre condescendiente y humano.

Obedeció, es evidente, a inclinación natural: de sus virtudes monásticas, de su franciscano desprendimiento y ardiente generosidad, dió a lo largo de su vida pruebas. Pero fueron sin duda buena parte a persuadirle, los consejos de su padre, quien, a pesar de ser jurisconsulto notable, («era, dice su hijo, de los mayores letrados que se vieron en las Indias»), vivió en pobreza y estrechez casi mendicante. Si en la colonia los conventos eran el único refugio del saber, la carrera eclesiástica era para los criollos la única abierta a la ambición de puestos y dignidades, la única en que la igualdad de grandes y pequeños, de españoles y americanos existía por lo menos en principio. Mientras en el orden de las actividades políticas y civiles, los nativos languidecían sumidos en el torpor de una vida inútil, sistemáticamente escluidos de todos los cargos de viso, y supeditados, aun en los empleillos accesibles a su corto y siempre incierto alcance, por los arrogantes peninsulares, en cambio frailes y clérigos de misa y olla, a menudo ejercían ministerios dentro de los cuales, de ser bien dotados personalmente, podían acrecentar en provecho propio el ascendiente de su situación: e iban a lueñas tierras, llevados por la circulación disciplinaria de sus conventos, vivían, por lo menos, vidas coordinadas y regulares en medio de una sociedad hija del azar, que todo lo iba improvisando, desde su asiento y conformación, hasta sus gerarquías advenedizas. Superpuestas todas al americano, por la fuerza misma de las cosas, quedó éste, mestizo o no, condenado a anulación perpetua. Buen ejemplo de estas vidas ascendentes por obra propia, pero al amparo del claustro, fué la carrera de fray Gaspar.

Tomó, en Lima, el hábito de San Agustín, y profesó allí mismo en 1608. De par con la Teología cultivó las letras; y si, muy joven todavía, aun antes de ordenarse *in sacris*, brilló en la cátedra de Artes y Teología de su convento, y luego en la de Prima, en la Universidad, no tardó en adquirir desde el púlpito esa fama de elocuencia, que le llevó a los más altos triunfos.

Curioso de su palabra en temprana boga, fray Pedro de la Madriz (y no de la Madrid como escriben Herrera, Medina y otros) que se hallaba en el Perú de Visitador y Reformador General de la Provincia, quizo oírle, y tanto le sedujo, que le nombró secretario suyo y le llevó consigo en los viajes de su misión.

«Supliendo la falta de canas, por haberse en él adelantado la senectud en el obrar a la del vivir», nombráronle Definidor en el Capítulo Provincial de 1622; y al año siguiente le hicieron Prior del convento del Cuzco, y luego Vicario del de Lima y los de su distrito.

Prueba de esta «senectud» eran sus escritos. Según el testimonio del mismo padre de la Madriz, Villarroel tenía compuesto ya, no sólo sus Comentarios i Discursos sobre la Cuaresma, sino tambien un libro sobre los *Cantares*. Lo declara en la licencia de imprimir «dada en este nuestro convento de Lima en 31 de Março de mil y seycientos y veynte y dos años». Sus primeras obras fueron, pues, escritas antes de los 35.

No publicó todas. Y varias se le perdieron, así de las obras de juventud como de la edad madura. Ninguna es más de lamentar, sin duda, que la pérdida del libro aquel sobre los *Cantares*. Si mas tarde, despues de *espumado el ingenio*, eligió, para comentarlo, «por lo dulce, por lo entretenido, por lo provechoso» el *libro de los Jueces*, y si lo hizo, segun el P. Torres, «con mucha elegancia y agudos picantes», ¿cuál no sería en su mocedad, el sutil ardor con que se demoró en rebuscar sentidos al deleitable poema de amor?

Menos de sentir es la ignorancia en que hemos quedado de unas «Questiones Quodlibéticas, escolásticas y positivas» que

disputó en esta Universidad Real de la dicha ciudad de los Reyes, cuando hubo de recibir en ella el grado de doctor en Teología». Tal vez no fué más que un árido ejercicio, de esos con que se excitaba bizantinamente la manía ergotista de la época.

Sus ardientes estudios y prédicas, sus lecturas iluminadas, fuéronle continua excitación a escribir. «Otros dicen que han escrito importunados. Yo de aquesa rama no me podré valer,— declara en la dedicatoria de su *Gobierno Eclesiástico* al Rey;— porque el escribir ha sido en mí una tentación continuada desde mi tierna edad». Pero fué sin duda en el Cuzco donde pudo escuchar mejor las instancias de su vocación de escritor. Dió allí por lo menos una amplia segunda mano a sus ensayos de primera juventud. El alto sosiego andino de ese convento le brindaba con la calma que quizá le hizo falta en Lima. O quizá si fué echando de menos la ligera embriaguez de los primeros triunfos, con que le envolvió la ciudad mundana, que se dió a soñar con otra mayor: ir a España, presentarse en la corte con algunos libros, en abono y muestra de su saber.

«Compuse, dice en su carta al P. Torres, unos librillos, juzgando que cada uno había de ser un escalón para subir». Y con los manuscritos en la maleta emprendió viaje a España por la vía de Buenos Aires.

Detúvose en Lisboa hasta publicar el primer tomo, (que salió a luz en 1631) de sus *Comentarios dificultades y discursos literales y místicos sobre los evangelios de la Quaresma*. Y precedido por este heraldo llegó a Madrid, en donde, un año más tarde, publicó el tomo segundo.

Tan halagüeña le fué la acogida a sus dos primeros volúmenes, que se apresuró a dar el tercero. «Prometí,—le dice al lector en la advertencia que sirve de prólogo a este último, (Sevilla, 1634)—sacar a luz (con mucha brevedad) los dos tomos de mis *Comentarios*, quando saqué el primero, y ya para este último no me solicitó tanto la obligación a la palabra, como la en^{ta} que me puso ver, que en Madrid les han hecho a

esos libros tanto honor, que desaparecida (casi en un momento) una impresión entera, se comienza a disponer ya otra». El novicio que más tarde declarará haberse «portado vano», dice ahora, cual si su modestia luchara contra el mareo del éxito: «Buena cabezā ha menester si en la Corte se declara por el que escribe el favor». Y acude al ejemplo de Séneca, para repetir con él: «no me persuadirá que soy docto ver que se dessean mis libros mucho, que fuera tanta simplicidad como pensarme hermoso a título de que pedían algunos mi retrato».

Y anuncia ahí mismo, impaciente, que suspendiendo su tratado «en que no tiene trabajado poco», sobre las *Dominicas y Fiestas de los Santos*; (lo publicó mucho más tarde, en 1661), y «doblando las tareas, y hurtando algunos ratos al púlpito y a otras ocupaciones», ha resuelto sacar a luz primeramente sus comentarios latinos al libro de los *Jueces*, tan «apetecido por los Predicadores para muchos Sermones Vespertinos». Empezó a trabajar en ellos desde que entró a España. Son, pues, obra de madurez, y así dice: «que es grande recomendación de la doctrina aver hervido el ingenio al calor de la juventud, y estar espumado ya: No parezca grossería, (advierete) que es de Séneca la comparación». Escribiólos en latín, por no perder el hábito de la lengua sabia despues de tres y más volúmenes escritos en vulgar.

Si temió que «con el poco uso (del latín) apenas se le pudiese acordar», era más de temer que tanto comentarista farragoso como leía, estraviándole en el verbalismo medieval la noción del arte de razonar y de componer, le frustrara el beneficio de los libros clásicos. Mas, su fino instinto literario se impregnó mejor de la virtud de los grandes maestros y guardó siempre algo del gusto y método de conducir el entendimiento por camino estricto con paso elegante y fácil.

No puede decirse que Villarroel ignorase o no practicase del todo este arte. Si de algo peca la estructura de sus obras es más bien de prolijidad y de mecánica monotonía. Sin embargo, la uniformidad es más aparente que interna. Basta

frecuenta como a un amigo de todas sus simpatías,—un goce de pródigo, la satisfacción casi sensual de remover un tesoro. Si es lástima verle cortar a cada paso el discurso, para realzarlo con autoridades, se le perdona porque su afán no es el pedantesco de predicadores que pretenden demostrar la verdad de la Iglesia con el inventario de sus textos, como un comerciante muestra lo bien surtido de su depósito, sino el ingenuo de sentirse a la sombra de grandes nombres.

Y no sólo toma de los Santos Padres y comentaristas, sino que también de los antiguos clásicos, griegos y latinos. Y es de ver cómo, hombre (y no sólo en eso), del Renacimiento, pone a un andar a Plutarco con San Agustín, corrobora con Séneca las opiniones de San Jerónimo, sostiene a San Gregorio Magno con Marcial o Plinio, mezcla en fin, con tranquila cordura, las letras profanas a las sagradas, ayudando a su Teología con sus copiosas humanidades.

Así, en la interpretación de los textos bíblicos, será la suya la más adaptable a la universalidad del entendimiento, la menos escolástica y abstracta, la más natural al hombre. El humanista mitiga al teólogo.

La esencial virtud de las letras clásicas humaniza su comentario canónico, convierte al sentido común la mente abstrusa del alegorista o la estrechez del escoliasta servilmente apegado a la letra.

Por donde su exégesis no es la de un escueto escriturario, la de un comentador maniatado por la superstición ortodoxa, sino una exposición viviente, animada por fervor interno; y su abundante sabiduría, cordial, humana, su sinceridad, en fin, hacen la lectura de los *Comentarios* posible siempre, cuando no agradable.

Sigue un plan sencillito: comienza por una «parafrástica explicación» del Evangelio del día. Viene en seguida un «comentario a la letra» en que la explana más a sabor. Suscita luego, él mismo, «dificultades al comentario» para darse el lujo de resolverlas haciendo maniobrar su ciencia o su perspicacia. Y termina con «discursos literales y místicos», (a dos

columnas, las demás partes van impresas a plana entera). Cada uno va precedido de la aserción que desarrollará; y en ellos el movimiento es más oratorio. Se adivinan, a ratos, las actitudes del púlpito: y aun donde el estilo es mas *hablado*, adviértese la costumbre de la homilía esmaltada de citas, sostenida por el gradual desenvolver del texto, simbolizada en parábolas.

Preciso es recordar la vacua y vertiginosa erudición escolástica; o la sosería moralizante de predicadores que no tenían vuelo ni para los alardes y sutilezas gongóricas; o la pendería equivoquista y la maraña de los Paravicinos a la moda, si queremos apreciar la virtud animadora y simpática de los comentarios de fray Gaspar. Contribuye a ella grandemente la soltura ingenua del estilo, tan lejos del tanteo, (no pocas veces timidez adorable, pero muchas, poquedad insípida) de los que entonces llamábanse ingenios legos, como del encrestado cultiparlar.

*
* * *

Por halagüeño que fuese el éxito de sus libros, no todo lo debió a ellos ni les fió su fortuna: llevábala en su palabra. Y sin duda en aquel don de simpatía y amenidad de que abundan pruebas. Refiriéndose a algunas de ellas dice nuestro Herrera: «La interesante fisonomía del orador, sus maneras nobles y cultas, su lenguaje y expresión agradables, llamaron la atención de los que le oían».

Y un poeta de corte nos describe, celebrando al orador en boga:

«Su viva acción, tan fiel y verdadera:
discípula es del alto pensamiento
que en los límites breves de su esfera
la mano (con airoso movimiento
que el arte dicta y la razón impera)

lengua es sin voz, o alma sin acento
que el más sutil concepto que suspende
parece que lo dice o que lo entiende.»

Cobró, pues, en Madrid, fama de orador. Su elocuencia natural, grave con llaneza, persuasiva y fácil, alumbrada a menudo por ese inconfundible ardor de alma que hace la clara alegría de los santos, contrastaba con el crespo estilo triunfante. Así sedujo a don García de Haro, gentilhomme influente en la Corte. Pidióle este personaje que predicase en el convento de Constantinopla; y como pública manifestación del agrado con que le oyera, hizole conducir en su propio coche hasta el convento de San Felipe donde moraba. No paró luego hasta lograr que predicase ante la real familia y se le nombrase Predicador de Su Majestad, «cosa que (dice Villarroel en la dedicatoria de sus *Historias sagradas y eclesiásticas morales*, al mismo Conde del Castrillo, recordando con gratitud el favor de «haber honrado tanto con sus cortas letras»), ese Supremo Consejo de las Indias no hizo con otra persona. Y no contento con eso, añade Villarroel, me sacó de la humildad de mi celda y de la pobreza de mi convento para un tan honroso Obispado» (el de Santiago).

Con su prestigio de Predicador de la Real Capilla, le buscan a porfía para solemnidades y panegíricos. Y tan seguro está de sí, para permitirse bromas, o tan sincero es para no detenerse en miramientos, que, habiéndole la corporación de actores y demás gente de teatro encomendado su elogio en la fiesta de su patrona, Nuestra Señora de la Encarnación, díjoles verdades tan a destiempo, que, «lo que me valió el sermón, cuenta Villarroel, fué quererme apedrear». Oigámosle la historia: «Prediqué yo en Madrid la gran fiesta que celebran los comediantes... Y hallándome embarazado entre aquella canalla y misterio de tan gran pureza (el de la Encarnación) en que vemos a María que prefiere su virginidad a la dignidad altísima de madre de Dios, aunque me habían prevenido que alabase a los comediantes mucho y que así podría

crecer la limosna del sermón y al año antes se lo oí predicar al doctor Juan Rodríguez de León, que, con su grande ingenio y agudeza rara, halló mil elogios de ellos en la sagrada escritura; yo, sin embargo no pude acabar conmigo, ni pronunciar una palabra de aquesta gente perdida; y lo que me valió el sermón fué quererme apedrear. Y los curas de aquella parroquia interesados en su cofradía me dieron por baldado para su púlpito».

Si era tal el menosprecio en que tenía a los comediantes, su opinión sobre las comedias era sin embargo de las más tolerantes; es decir, para su época, de las más atrevidas y libres. No admitía que a Lope de Vega, por ejemplo, con tan bello ingenio como tenía, y «habiendo dado a Dios (al mismo tiempo que al teatro) lo asentado y sesudo de su edad», pudiera «ponérsele en el infierno» por haber escrito tan lindas piezas. «Hizo sus comedias, agrega, a vista del arzobispo de Toledo, cuya oveja era; a ojos de los nuncios de Su Santidad: y no es de persuadir que personas tan santas ni el Consejo Supremo de Castilla dejaran ensordecen un clérigo un pecado tan público».

Mucho gustó Villarroel del teatro. Expúsose, de novicio, a gran bochorno y desgracia, por acudir, saliéndose de su convento clandestinamente con un compañero a ver una comedia que le habían alabado mucho. «Y entré en tantas ansias de verla, que rompiendo por el récato, dispuse la entrada. Pagóse una celosía, que, en tiempo que yo era tan pobre, que me reía del rey Baltasar, cuando hacía a mis amigos un banquete que costaba seis reales y ponía unas conclusiones por manteles, era gran negocio cinco patacones. Este fué el trabajo de aquel mi divertimento»... No fué el único. Varios percances le sobrevinieron, y a punto que no fué el mayor haberse quedado sin ver la dichosa comedia, pues «estando ya lleno el teatro, y en el tablado la loa, comenzó a temblar la tierra. Estaba en alto mi triste celosía, y el edificio era de tablas. Era tal el ruido, que parecía que se nos caía el cielo. Si nos quedábamos encerrados, peligraba la vida; si huíamos

a vista de tanto pueblo, se perdía la honra; y viéndonos entre dos bajíos, pudiéramos decir con Plauto: *inter sæum sacrum-que sto; nēque quid faciam scio*. Pudo conmigo más el punto que el deseo de vivir; y pasé mi penalidad con aquel pavor que podrá entender el que sabe qué es temblor». Sigue, en sabrosos detalles, el relato de la aventura, «con que fuera tragicomedia, si la infelice comedia se acabara; pero dejóse para otro día». De esta larga relación, concluye, saquemôs la moralidad y un buen retazo de probanza de mi sentencia; porque este recato, estos sudores, aquel dejarme morir por no dejarme ver en el temblor y todo lo referido, son indicaciones claras de que se afrentan los religiosos de que se sepa que ven comedias».

Con todo, tan vivo placer hallaba en ellas, que, para festejar su elevación a Obispo, quiso recrear a sus hermanos de hábito con tres comedias, y costeó de su peculio la representación, que debía darse en una parte del claustro no reservada exclusivamente a los reclusos. La función no llegó a celebrarse por faltar la licencia del presidente del Consejo de Castilla; pero los frailes fueron después a verlas en otra parte.

Sostenía que frailes y clérigos seculares pueden asistir sin daño de su conciencia, o pecando, a lo más, levemente, a la figuración de fábulas honestas, así fuesen de amores; que tal espectáculo era peligroso tan sólo para las mujeres, a causa de la ligereza cándida e ilusa con que se enamoran de los comediantes; y en este temor prevenía a padres y maridos, a fin de que se abstuviesen de exponerlas al falaz prestigio. «Diré con lágrimas, añade,—aduciendo como es su costumbre un acaecido ejemplarizador,—diré con lágrimas una miserable tragedia de una doncella principalísima. Crióse sin madre, y colgó su padre en ella unas grandes esperanzas. Tenía cien mil ducados que darle en dote. Fué a una comedia, y aficionóse a un farsante. Desatóse un listón de una gervilla (especie de calzado), y enviósele con una criada. Y díjole de parte de su señora que en la primera comedia que representara, se le pusiese en la gorra.

Estimó el favor de la dama, pero temió su vida. Persegúiale ella. Pidióme consejo; díle el que debía; pero vencieronle la codicia y la hermosura».

* * *

Cerca de ocho años permaneció Villarroel en España. ¿Quiso regresar a América? «Mucho hace quien en una gran Corte se descuella» dice en el tomo tercero de los *Comentarios*; y son poquísimos los que saben desasirse de un aplauso; y a la verdad huirlos es duplicarlos». Haya o no querido arrancarse a tan alto halago, vencíerale o no la ambición, aceptó la sede de Santiago para la cual Felipe IV le propusiera en 1637.

«Fuí tan vano, le dice al Padre Torres, que para no aceptar el obispado no bastó conmigo el ejemplo de cuatro frailes agustinos, que, electos en aquella circunstancia, no quisieron aceptar». Años antes había ya escrito: «Ninguno de éstos (de los cuatro frailes) quiso ser obispo, y sólo yo aconsejado de mi poca edad y apadrinando mi ambición la corta experiencia del tamaño de la carga, me eché al hombro un peso con que castigado gimo».

Tomó posesión de la silla episcopal en 1637, y fué consagrado en Lima al año siguiente. Al despedirse para su diócesis, recibió de labios del Virrey, conde de Chinchón, un consejo sabio. Lo cuenta él mismo, en el *Gobierno Eclesiástico*: «Hízome un discreto preámbulo como paladeándome el gusto para darme un consejo. Cargó la mano en alabarme mucho, como el diestro barbero que antes de picar con la lanceta, la trae por el brazo. Tanto amarga en el mundo un buen consejo que le pareció al Virrey que era bien almibararlo, siendo de tanta importancia uno que me traía. Díjome que en España ya eran conocidas mis letras, que el Supremo Consejo me había visto en el púlpito, que mis escritos andaban impresos, y a esto añadió otros favores como captando la benevolencia del oyente: «Yo soy ya, me dijo, gobernador viejo: V. S. está en España conocido por las partidas todas referidas; lo que no

se puede saber es si sabe gobernar. Y así quiero darle un consejo brevísimo, en que se cifra toda la razón de Estado que cabe en un buen gobierno: no lo vea todo, ni lo entienda todo, ni lo castigue todo». He procurado, añade Villarroel, seguir este consejo y débole a él toda la paz que he gozado».

Debióla sin duda, más que al taimado y cuerdo consejo del Virrey a su natural de condición pacífica, y a la suave ironía con que miraba la vanidad querellosa de los dignatarios. Difícil era el puesto por aquel entonces. Fresca estaba en Santiago la memoria de disensiones y rivalidades entre la autoridad eclesiástica y la civil: cosa frecuente en las vanas y puntillosas audiencias, pero que en la más lejana de las colonias se agravaba en razón misma de la distancia y degeneraba, de mero escándalo social, en anarquía administrativa. Villarroel gobernó, sin embargo, con gran cordura y felicidad. Y aunque dice que «por sus pecados mandó Dios un terremoto» (el famoso en Chile, de 1647, en que se portó como un héroe y como un santo de otras edades), no pudo dejar de reconocer él mismo, que contribuyó a la paz el hecho de «no ser litigioso»: «siempre fui, agrega, enemigo de competencias», «por eso, observa Medina, nada de raro nos parecerá que los oidores de Santiago estuvieran siempre unánimes en rendir honroso testimonio al obispo en sus comunicaciones al Consejo de Indias».

Y no es que le cediese el paso en los pequeños encuentros, ni resolviese las cuestiones de quisquillosa etiqueta y vanagloriosa prelación de asientos o precedencia de títulos u otras de más sustancia con eludirlas; sino que sabía sonreír tan inteligentemente de los manejos de la vanidad y deshacerlos con tan sutiles trazas, que desarmaba a sus competidores sin humillarlos ni darse el aire de triunfar de ellos. La maña con que regló su misma entrada a Santiago, la historia de su sitial en las tres comedias en el «cementerio de la Merced», y otros casos que refiere en su *Gobierno Eclesiástico*, están ahí a probar *qu'il avait la manière*.

De esta experiencia de los hombres y del arte de gobernar,

como de su ciencia en los dos derechos, político y canónico, brotó su obra capital, bajo el título de *Gobierno Eclesiástico Pacífico o unión de los dos cuchillos Pontificio y Regio*, (2 vol. 1656-57).

Su objeto es la conciliación de entrambas potestades o, como él dice, «de los dos cuchillos, que halló en Indias, no sólo divididos sino encontrados». Y pues escribe con tanto pulso como gobierna, y su ciencia es tanta como su celo, nadie más que él para empresa tan delicada.

Exaltábanse a tanto los puntillos de ceremonial, los pequeños conflictos de jurisdicción, las cuestioncillas de fuero, que es de imaginar la necesidad de un deslinde cuerdo en problemas de más trascendencia. Villarroel no sólo señaló, con singular lucidez, y con ecuanimidad difícil en su estado y época, las esferas de acción de los dos poderes, sino que dió a luz cantidad de cédulas, más o menos ignoradas y cuyo desconocimiento o interesada relegación al olvido, originaba arrogaciones y disputas. Así fué como su obra, no sólo en lo tocante a la política de la Iglesia en las Indias, sino también en el ejercicio de la magistratura, hizo ley más allá de su tiempo. En su *Regalía de España* recordó Campomanes que Villarroel había dejado «admirables documentos para el uso e inteligencia del derecho de patronato real».

«Este obispado que sirvo, dice Villarroel en la dedicatoria de la obra al Rey, tiene todas las listas de grande y los achaques todos de pequeño, con que cuando estudio, no me opongo al ocio, sino al sueño; y quitándolo de la vida y del descanso, escribo siempre sin faltar a las funciones de mi oficio». Y añade: «Este gobierno pacífico de que trato es el que yo practico». Así lo reconoció el Gobernador de Chile, marqués de Baides, al escribirle: «lo que yo alabo es que V. S. haya hallado traza para pintar el estilo con que gobierna, y que como buen pastor ha ejercitado ocho años enteros lo que ahora escribe en estos dos libros, pues en todas las Indias nunca hemos visto un prelado tan pacífico».

Su ciencia, temperada de ecuanimidad, como su ambición,

de virtud monástica; su erudición vivificada por su experiencia; y hasta su don de gentes y conocimiento de las vanidades, le servían de segura guía.

En esto, que Medina llama «vasto arsenal de los conocimientos legales en tiempo de la colonia», Villarroel toca todos los puntos, los más importantes y los más fútiles igualándolos,—se diría en algunos lugares,—quizá por ironía trascendental, quizá por inocente optimismo. Las veinte cuestiones de sus dos libros se subdividen en numerosos artículos que tratan así de la conducta y dignidad de obispos y magistrados, como del vestuario de los oidores y las melenas de los religiosos; de las prerrogativas de las audiencias o las prohibiciones que impiden a los oidores contraer matrimonio y la manera de proceder cuando lo han hecho clandestinamente, como de los miramientos que los preladados deben tenerles o de su asistencia a corridas de toros, teatros y saraos.

Libro utilísimo en su época, para nosotros vale más, hoy día, por lo agradable de leer que es: el acopio de anécdotas y narraciones con que suele solazarnos en medio a disquisiciones de un interés ya abolido, nos entretiene y cautiva más que nos asombra «el arsenal de conocimientos».

Y es al hacernos ver la pueril gravedad suntuaria, la pretérita importancia de complicadas futezas, cuando nos instruye mas. Hasta su estilo cobra mayor encanto donde da suelta a su frívola seriedad.

Los pocos y breves pasajes que he tenido el gusto de ir transcribiendo, no pueden dar sino muy vaga idea del jovial humor inocente, del malicioso candor de Fray Gaspar. Su inteligencia, tan apegada a las cosas de la vida, tan curiosa de los hechos y de sus lecciones, aplicaba a toda circunstancia la clara humanidad de su filosofía. La tendencia a encarnarla en la anécdota; a aplicar el sentido entrevisto en la concordancia ideal de casos históricos semejantes o reducibles a igual significación moral; el gusto por la realidad y por los más humanos movimientos del alma; la afición a la historia como espectáculo y enseñanza; y otras condiciones de su espíritu, ta-

les como la fértil vivacidad de su retentiva, arrastran a cada paso su pluma hacia el caso concreto y significativo, le llevan a *ilustrar* su idea con pinturas a menudo ingenuas, a concertar sus razones en moraleja.

De ahí que para nosotros acaso sean su mejor obra esas setecientas y más *Historias Sagradas y Eclesiásticas Morales* donde, en honor de la Virgen Santísima, vació de ejemplos su memoria, con un arte de primitivo.

La cultura no le despojó de credulidad: dejóle de candor lo bastante para mantener su frescura de imaginación. Esta frescura casi infantil de impresiones, unida a una perspicacísima sagacidad; esta rara inteligencia de la vida encerrada en los libros, junto a una sensibilidad que todo lo remoja, componen aquel matiz personalísimo, que su don de estilo reproduce intacto, sin hacerle perder de su ingenuidad ni aun en los trozos de más buscada elegancia o más oratorio artificio.

Sin pedantería en la erudición, ni ñoñería en la conseja, va alimentando la página de casos y citas tomados así de la Escritura como de la antigüedad pagana.

El ha *visto* cuanto ha leído. Para él, los libros antiguos viven, lo repetimos. Y encarnan la médula humana.

En el presente, la vida propia, la política en realización, le sirven también de maestro. Y si ante todo y en todo, es la moral resultante lo que le interesa, interésale también el juego de los resortes humanos. Nada le hace olvidar la raíz perecedera de las virtudes; conoce la psicología de la oración, el movimiento del éxtasis: de suerte que aun en el arrebato de la alta mística, vuelve los ojos a la naturaleza de la criatura.

Asimismo, la lectura de historia es para él, no distracción cinematográfica, desfile de cortejos, fastos solemnes o melancólicos; sino más bien, serie de experimentos morales, de reacciones psicológicas interesantes, verificación de ideas, espiritual colección de ejemplos. La anécdota no es más que la *ilustración* a menudo ingenua y pintoresca, el cromó algo in-

fantil, que fija, impresionante y fácil, en imágenes parlantes, la ejemplaridad de lo acacido. De ahí que la anécdota, histórica o apológica, sea su fuerte y su flaco. Parécenle de magro aprovechamiento morales y teorías que no toman cuerpo en símbolos vivientes.

No encarga, pues, solo a su memoria,—prodigiosa como retentiva de cuadros y escenas,—los sucesos que en sus lecturas o vida hanle impresionado. Clasificalos en dependencias demostrativas, adúcelos como argumento.

Felizmente los narra con gracia. Narra como viviendo lo que va narrando. Anima siempre y, a menudo, actualiza, dramatiza el relato. Y al llegar, entonces, a la conclusión, ya le ha ganado el movimiento patético: resume, realza su idea, preséntala en violenta síntesis, en rápido y vivo escorzo, y termina en imprecación, en vocativa exhortación más impresionante.

Hé aquí un ejemplo de su manera:

«Ordena a los Hebreos nuestro Señor, que ninguno sacrifique al Idolo Moloch sus Hijos. Este Idolo era de bronze, y estava hueco, las manos eran anchas, y entre ellas y el pecho ponían el muchacho, estava ardiendo la estatua, porque por lo interior le daban fuego, y abraçabase, quedando en breve resuelto en ceniza... Los Sacerdotes, y más Ministros del Templo en poniendo el chique lo hazian con aduses, y pande-retas gran ruydo, porque los tristes padres no se moviesen con los gritos de los inocentes hijos. Hazer fiestas a los Reyes, entablar saraos, comedias, toros, caças, y otras cosas, assi quando el Reyno está para dar un estallido, no parece hazer ruydo para que no oyga la triste voz del vassallo? *Predicador dezirlo. Rey escucharlo*, que Christo siendo hijo de Dios quiere oir que dizen del.»

Y en otro lugar:

«Lastime el gusto para que sane el alma, pero no tire gajes por la cura. Ponga escuela, no haga lonja; enseñe, no gran-gee; que dar voces, si ha de venderla, no será combidar con la Doctrina, sino pregonar la almoneda.»

Y así, a cada paso, arrebatos y giros a la Montalvo, de un Montalvo antes de hora.

Fraile tan inteligente, debía reír de la falsa o por demás boba admiración que iban suscitando los primeros flamantes Campazas. Asustábale sin duda el énfasis enmarañado, el alarde encubridor de afanosas vaciedades y torturados equivoquismos con que alborotaban los predicadores a la moda de Paravicino.

Preservado del que más tarde ha de llamarse famosamente gerundianismo, tanto por su buena fe como sin duda por su ironía; dulcemente solicitado por su vena amigable y comunicativa, gustaba de ser comprendido, y de escribir como quien conversa en buena compañía. El placer de contar por contar, la curiosidad inteligentísima de hombre que asiste como a una lección grave a la comedia humana, sin dejar de divertirse en el honesto trabajo de ir sacando de ella las reflexiones más saludables, todo fluye en el tono de la conversación más elevada y culta, pero conversación al cabo, es decir, solaz del ánimo y despejo de la mente.

Su prosa corre, por todo ello, exenta de encrespamiento; tropezando sólo, con deplorable frecuencia, en citas y latines. Brilla en su época como espejo de claridad. Del refinamiento conceptista no ha tomado sino (y eso algunas veces, para acuñar una sentencia o redondear alguna síntesis) aquel balanceo elegante, que hace de la cláusula algo a modo de pareado, de equilibrio sutil e inestable.

Abstiénesese del extravío a que estaban particularmente expuestos los de su estado, no por simple discernimiento literario, sino más bien porque su temperamento, lúcido y cordial, y grave al par que sencillo, le lleva a verter sin ambages lo que va pensando de buena fe. ¡Cómo echar a perder, además, con patrañas gongóricas, el sabor arcaico de sus historias, o el acento de sus anécdotas familiares! Todas las condiciones de su espíritu, su íntima genialidad, explican su inmundad.

*
* *

En marco tan reducido como el que he fijado aquí para el primer esbozo de esta figura, no caben otros aspectos de la vida y la obra.

Habría sido muy interesante, si bien prolijo, rastrear sus impresiones de americano y de amante de las letras llegado a España precisamente en la grandiosa época, a punto para admirarla entre los resplandores de su gran siglo, declinante ya, pero sólo a ojos muy advertidos, que no a sus deslumbrados ojos de neófito. Acaban de morir Góngora y los Argensola. Puede asistir en Madrid a los funerales de Lope. Ve a los gongoristas triunfar, a pesar del *Antídoto contra las Soledades*, cuyo autor vive aun y escribe convertido él también. Viven Quevedo, Vélez de Guevara, Tirso de Molina. Su compatriota, el mejicano (América es entonces una) Juan Ruiz de Alarcón, asiste al Consejo de Indias en su calidad de miembro. Escriben no lejos Gracian, Calderón, Francisco de Rojas. Ante el apogeo de esa civilización, cómo no excusarle movimientos de españolismo como el que le hizo exclamar: «Dichosa empresa de los Reyes Españoles, dos nuevos mundos, las dos Indias, donde los Leones fueron a dar vida a las ovejas que andavan desvalidas. Felices aquellos que arriesgaron el vivir por crecerle a Christo el esplendor, que él dice que le tiene quando la Gentilidad le reduce. Traça de su gran providencia, deossitar en essas tierras tantos tesoros, para que si quiera esso, quando faltasse el espíritu llevasse a aquellos bárbaros el socorro». O, en el sermón, de acento y de sentimiento tan españoles, que pronunció por los desacatos de los franceses en el saco de Tirlimón, donde dice:

«¿A quién assegura los Reynos Dios? A los Monarcas de España, para cuyo trono tenía reservado un Mundo nuevo. Quando miro la gloriosa Casa de Austria ocupando en la tierra el primer lugar, y confiero los triunfos que llegó a tener; con la reverencia que tuvo siempre al Altar, no los extraño.

Vimos pocos días ha al gran Filipo el VIII salir en un glorioso triunfo, acompañado de la grandeza Española, a reconocer los progresos del Serenísimo Infante Cardenal su hermano, y atravesando una calle el Santísimo Sacramento, disponían algunos que se dividiessen los Reyes y que el del Cielo echase por otra calle, entendiéndolo el Rey Católico, se arrojó tan airoso como pio del caballo, y doblando las rodillas adoró humilde al Divino Pan; y arrebatando una hacha, y cortando el triunfo, le trocó por el que juzgó mas grande, que fué acompañar aquella Magestad» (1).

Cómo no había de chocarle que cierto español expresase un día su asombro de ver «que un americano, esto es un indio, sea tan blanco, de tan buena figura y que hable tan bien el castellano como un español».—No sólo por su sangre y nombre, más también por la completa asimilación de la cultura, reclamaba su derecho de ciudadanía española. Miraba a España como a patria verdadera; la única, la natural. Sintiendo tan consubstancial su adaptación a la metrópoli, no le gustaba juzgasen su asombro de provinciano de ultramar como rezagos del salvaje que ha trocado las plumas por la sotana. La América era, no podía ser, sino la prolongación de España. Y así le interesó siempre.

Queden para otro lugar sus ideales y sentimientos de americano, sus nostalgias de Lima en Santiago, donde «vivo muriendo», decía; sus instancias por salir «de ésta a Lima», en la que «será triste cosa morir, desterrados de nuestra patria, en ajeno sepulcro»; su promoción en 1651, al Obispado de Arequipa, de mayor categoría y rentas, de mejor clima, más cerca de la tierra por quien suspiraba, diciendo: «tengo a Lima en el corazón»; y en fin, su elevación al Arzobispado de Charcas, ciudad en la que murió, en 12 de Octubre de 1665.

Ni qué decir aquí de su caridad! Era en el instinto irreducible el despojarse de todo, a punto de no dejar ni con

(1) Debo a la amistad de Ventura García Calderón una copia fotográfica de este sermón, edición de 1635, única y rarísima.

qué cubrir los gastos del entierro. Su santidad de espíritu, reconocida por los religiosos que han escrito su biografía, ha dejado, en más de una página ingenua, huellas que no es del caso mostrar aquí.

Falta sólo reivindicar su sabroso estilo y la excelencia de sus dones puramente literarios. Don José Toribio Medina, insuperable bibliógrafo, al consagrar al extraordinario fraile quiteño más de veinte páginas de biografía, en su *Literatura Colonial de Chile*, sólo halla, para describir su estilo, estas palabras: «Villarroel... arrastrado siempre por el pésimo gusto de las sutilezas teológicas, deslustra y hace estériles los asuntos más importantes y mejor elegidos, y deja así sin objeto las conclusiones que procura establecer. Tiene discursos sobre temas frívolos con exceso; pero en cambio, a veces sienta algunos principios que le honran». Medina cita, como «principio que honra» y caracteriza a fraile tan original, el siguiente:—«La ciencia es conveniente, muy útil para salvarse, pero siempre es necesario que vaya acompañada de la virtud!» Prosigue luego:—«Sin duda que en su estilo no hay brillo, ni animación, ni colorido, porque la forma de comentarios no se presta a ello». Se consuela de esta penuria advirtiendo que «siempre deja traslucir al hombre de bien, al filósofo y al teólogo». Con un total desconocimiento de la gracia arcaica, dice Medina hablando del narrador de apólogos e historias: «Villarroel no inventa los hechos, o la ficción, si es que la hay, pues no hace más que estudiarlos en su original para transcribirlos revestidos de lenguaje claro, preciso, lacónico y firme, a veces destituido de gracia, y siempre inspirado por la fe más sincera y el más firme propósito de encaminar a la práctica del bien.... Aceptados como invenciones de la imaginación, no carecen de cierto mérito; pero, como decimos, Villarroel no es autor de la invención sino simplemente el decorador que adorna y reviste la obra conforme a las exigencias de su gusto: por eso, si no podemos juzgar de su facultad inventiva, debemos anticipar que si hubiese dado a su estilo un poco más de flexibilidad apar-

tándolo algo de los asuntos demasiado serios en que estaba acostumbrado a ejercitarse, habría producido indudablemente cuentos tan agradables y entretenidos como los de otros autores populares hoy.

Eyzaguirre, en su *Historia Eclesiástica de Chile*, dice a su vez, refiriéndose a los *Comentarios* de Villarroel: «Las dificultades que propone son ordinariamente las mismas de los antiguos heresiarcas; y para responder a ellas, se sirve de los argumentos de los Santos Padres. Entremezcla también algunas reflexiones personales, hechas con más erudición que solidez. Sus instrucciones versan sobre pasajes del mismo Evangelio, que él procura explicar mas ampliamente. Ahí reina el mismo mal gusto de la mayor parte de composiciones oratorias de aquel tiempo. A menudo sus argumentos degeneran en sutilezas escolásticas y a veces se ocupa de cuestiones sin ningún valor. Cuando logra escapar a este género, se nota en su estilo cierta naturalidad agradable.»—(Traducción de Poillon, 1855, págs. 460-61).

Difieren nuestras impresiones, notablemente, de las apuntadas. Pronto las expondremos quizá con menos timidez, (y ojalá lográramos hacerlo con persuasiva eficacia), en estudio más sosegado, y con amor más prolijo.

GONZALO ZALDUMBIDE
Ecuatoriano.

París, Febrero de 1917.
91 Avenue de Wagram.